



PLATO-DEL-DÍA

Como le ha salido el guiso regular, nos lo sirve á todas horas

FIGURAS DEL TEATRO

EL DEL PAQUETE

El nombre no prevenía en su favor, ciertamente, y yo era uno de los que creían con más firmeza que llamándose Eleuterio Trucios no se va á parte alguna, y mucho menos á recibir el homenaje del público en el estreno de una obra, aunque sea ésta la deleznable zarzuela que fué lo único que



escribió en su vida. Evidentemente era peligroso salir á las tablas para decir al respetable: —La obra que hemos tenido el honor de representar es original de don Eleuterio Trucios, justificando el dístico del poeta:

*.. porque el nombre es el hombre
y es su primer fatalidad su nombre.*

El caso de Trucios — á quien las niñas del coro llamaban también el *Tacos* por lo mal hablado — era un curiosísimo caso de generación cómica-lírica espontánea. Trucios era simple y honestamente forrador de paraguas en una fábrica de *idem*, sin que jamás se le hubiese ocurrido que tenía dentro un autor dramático. Su horizonte estaba limitado por las sombrillas y los paraguas del establecimiento. Pero un día llevaron á la fábrica el abanico de una dama con versos autógrafos de un escritor célebre, y mientras Eleuterio ponía el clavillo, que se había roto, le ocurrió pensar que para escribir aquellos versos no había necesitado su autor otra cosa que un tintero, una cuartilla y una pluma. ¿Por qué si él, Trucios, disponía de iguales herramientas, no podría hacer otro tanto?

Con la decisión de un forrador de paraguas cuando se arranca, Trucios se llevó á casa una resmilla de papel de barba del que servía para envolver puños de sombrilla, requirió pluma y tintero, hizo cuartillas y escribió sobre la primera:

Las enaguas disolventes.

Zarzuela en un acto, original de Eleuterio Trucios.

Aquella noche misma enhebró ocho escenas de las quince que debía tener la obra; á la siguiente llegó á la décimaquinta, y al tercer día ya estaba la zarzuela de Eleuterio en disponibilidad para dar un disgusto á cualquiera, aunque al zoquete de Trucios le parecía, naturalmente, que había puesto una comedia en Flandes. Obra semejante no podía confiarse á un músico ramplon, y, ni corto ni perezoso, pensó Eleuterio que nadie como Chapí para aquel empeño. Escribió, pues, á Chapí enviándole certificadas *Las enaguas disolventes* y rogándole que se diese prisa.

Por aquellos días fui yo á comprar en el establecimiento en que forraba Eleuterio una sombrilla para una joven que me amaba locamente y que poco después se fugó con un droguero, dejándome sumido en el mayor desconsuelo. Me despachó Trucios con el mayor agrado, y hasta me rebajó el 30 por 100 al saber que yo era periodista de alguna influencia entre bastidores, abriéndome luego su pecho respecto de *Las enaguas disolventes* y dándome cuenta de lo que había hecho. Como no era el primer forrador metido á autor dramático que me entonaba la misma cantata, fui paciente y le oí hasta el fin.

Verá usted — me dijo aquel inspirado forrador de paraguas —. El asunto, como ya se deduce del título, es atrevido, y la tesis *consiste* en demostrar que no hay en el mundo nada como las enaguas.

—Segun, amigo mío—objeté—. Yo creo que existe algo mejor: lo que hay debajo de las enaguas.

—Conformes—respondió—; pero ya se trata de eso en unos *couplets* coreados que cantan las dos tiples mientras les toman medida de unos refajos azules, y que serán el éxito de la obra si acierta Chapí.

—¿Quién?

—Chapí, don Ruperto Chapí.

Miré espantado á Trucios.

—Pero ¿está usted seguro, lo que se llama seguro, de que Chapí le hará la música?

—Segurísimo, porque Chapí es tío segundo de una prima de mi padre que estuvo de portera en su casa.

Discutimos aquello. Yo, caritativamente, le dije que no conocía á Chapí ni, en general, á la gente de teatro, y llegué á apostar una docena de abanicos á que el maestro no le haría el menor caso; pero Trucios tenía ciega confianza en la exportera de Chapí y hasta me miró con la conmiseración de un Bonaparte forrado en seda. Le dejé, sin insis-



tir sobre ello, y fui á llevar la sombrilla á la futura del droguero, que me esperaba con la impaciencia de la mujer ¡ay de mí! enamorada.

Pasó un año y tuve necesidad de volver á ver á Eleuterio para que pusiera contera á un baston.



Tenía el rostro tempestuoso y me dijo al verme:

—¿Usted sabe lo que ha hecho Chapí?

—De seguro que no ha sido la música de *Las enaguas*.

—No, señor. Después de torearle trescientos sesenta y cinco días me escribe esta carta.

Y desvainó el documento, que decía así:

«Muy señor mío y Trucios de mi mayor consideración: Con mucho gusto haría la música de su zarzuela, pero mediante algunas correcciones. Creo que si pudiese usted el final al principio y éste al final, si la escribiese en verso de pie quebrado y quitara cinco cuadros de los tres que tiene podríamos hacer algo. Suyo afectísimo, etcétera...»

—¡Diablo!—dije—me parece mucho pedir.

—Es sencillamente un pretexto para no hacer la música—replicó Eleuterio—; pero lo más chocante es lo del verso de pie quebrado, que no sé lo que sea.

—Muy sencillo, Eleuterio: el verso de pie quebrado es como un abanico al que le faltaran tres varillas.

Me colocó la contera y no volví a verle hasta que apareció en el escenario del *Salón de Venus Afrodita* con su paquete debajo del brazo.

—Aquí—me dijo—traigo *Las enaguas*.

—Lo celebro—respondí—. ¿Y la música?

—¡Ah, la música! La ha hecho el organista del convento de Madres Zurcidoras; pero con seudónimo para que no lo sepan. Y crea usted que no he perdido nada en el cambio de maestro, porque acá, para *inter nos*, no creo que Chapí sea tanto como dicen.

—Siempre se exagera algo, Eleuterio.

Anduvo el bueno de Trucios como cosa de seis meses detrás del empresario para leerle *Las enaguas*, sin lograrlo, y entretanto pasaba las noches contando cuentos verdes á las coristas y hablando

pestes de los hermanos Quintero, con alguna que otra interjección que le valió aquel apodo de *El Tacos* con que se le conocía en el *Salón de Venus Afrodita*. Se acabó la temporada sin conseguir Eleuterio que se pusieran *Las enaguas*; pero al siguiente invierno volvió á aparecer en el escenario, impertérrito, con el mismo paquete bajo el brazo é iguales tacos en la boca.

Al fin, y por falta absoluta de obras nuevas, hizo el empresario *Las enaguas disolventes*. De cuál fué su éxito se tendrá idea vaga sabiendo que en los *couplets* de los refajos azules entró una Comisión de abonados y espectadores á pedir la cabeza de Eleuterio, y que al mes quebró la fábrica de paraguas víctima de la indignación de los parroquianos, que preferían mojarse á comprar en una casa donde albergaban á tan audaz forrador.

Pero, como es tradicional, no aprendió nada Trucios con el fracaso de su obra, y aun no hace cuatro noches dí con él en el escenario de un teatro de género chico, con dos paquetes esta vez, por que estos zoquetes son generalmente fecundos como conejas. Me dijo que pensaba llevar al teatro toda la ropa interior femenina, y que uno de aquellos paquetes se llamaba *El corsé con encajes* y el otro *Los pantalones cerrados*, á los que, en vista de que Chapí, Vives y Breton eran musicalmente unos indocumentados, había puesto música el popular *Garibaldi* del orga nillo.



Sabe, pues, lector amigo, que si entras alguna vez en un escenario y ves llegar por allí uno que lleva el paquete, ese uno es el dignísimo Eleuterio Trucios ú otro de su misma calaña.

FEDERICO URRECHA.

EL "MAURITA CHICO"

En la novillada benéfica que organizan varios jóvenes aristócratas lidiará un torete un hijo del señor Maura.
(Telegrama de San Sebastian publicado por *España Nueva*.)

Antes de leer el anterior telegrama ya sospechaba que en la bella Easo debía tramarse algo muy interesante relacionado con negocios de cuernos.

En la estación de la Robla, en una de esas paradas de cinco minutos que si no ocurre novedad suelen prolongar nuestros trenes por lo menos media horita, había visto al famoso é inolvidable

Gonzalez Rothvoss luciendo un sombrero cordobés gracioso y preguntando con mucho afán á los empleados de la línea en qué tren tenía que salir para enlazar con el rápido de San Sebastian.

Pero ninguna de las maliciosas suposiciones que asaltaron mi fantasía atenuaron el efecto que me produjo el lacónico despacho de *España Nueva*. ¿Cómo podía imaginarme yo algo que se aproximase á tan sorprendente realidad! ¡Un retón de Maura torero!

Yo sabía que además del enciclopédico Gabriel, don Antonio tenía otros hijos; pero los creí dedi-

cados á los menesteres caseros y en situacion de reserva para no abusar.

Porque esto, señores, ya rebasa los límites de lo prudente. No es una familia, es una *troupe*. ¡Cuántas con mucho menos mérito han ganado cartel, aplausos y dinero en los Circos!

No tiene desperdicio esa ilustre y prolífica familia. El padre es gobernante de múltiples aptitudes: acuarelista, escritor, abogado, orador y hombre de negocios; el tío graba, pinta y, según me refirió un amigo que tuvo la desgracia de soportar su vecindad algunos años, canta por las mañanas que se las pela con una voz de barítono algo aflautada, pero voz de barítono al fin, y á ratos perdidos es contratista además; de Gabriel ya no hay que hablar; es un cabezota, un raro prodigio de precocidad si hemos de creer á su papá; habla diversas lenguas, es abogado y casi aventaja al autor de sus días aderezando minutas; diplomático por generacion espontánea, representa á España en La Haya y donde sea, mientras haya dietas que cobrar, traduce obras, hace Memorias para el Estado y disertaciones ácratas en las peñas del Ateneo;

Redonet, otro miembro de la aprovechada familia, toca admirablemente la flauta y baila como una peonza; y por si todo esto no bastaba, un Maura joven y hasta la fecha desconocido abandona de súbito el regazo materno y se lanza por esos redondeles vestido de luces.

Y yo me pregunto: ¿Qué arte, qué industria, qué ciencia ó qué manera de vivir habrá en este mundo en que no domine y que no aproveche algun individuo de esa privilegiada familia? Y me formulo otra pregunta que llena mi ánimo de justificada alarma: ¿Dónde iremos á parar?

Porque no debe olvidarse que todavía no se han revelado otros Mauritas, que no querrán ser menos que sus hermanos el enciclopédico y el *toreador* y que se agarrarán á cualquier cosa y sobre saldrán, ¿qué duda cabe! En este país, en siendo uno Maura, sobresale todo lo que le da la gana.

Y en este orden de pensamientos me asalta un recuerdo.

Cierta tarde en la calle de Alcalá ví á una coleccion de chicos de diversas edades, todos cabezotas. Les acompañaba un individuo que tenía trazas de polizonte de la secreta. Yo supuse que aquello era un colegio; pero me llamó la atención el detalle de que un periodista que iba conmigo se descubriese al ver la comitiva y permaneciese en esta situacion hasta que hubo desfilado el último cabezota. Pregunté y el respetuoso amigo dijo:

—(Son los hijos de Maura!

Uno de aquéllos debe ser ese que en San Sebastian ha querido tirarse por lotorero; pero... ¿y los otros? ¿por qué la darán los otros?

De uno cuya fisonomía me quedó más grabada en la memoria que la de sus hermanitos, acaso porque se hurgaba las narices ó porque tenía cara de más cerril, creo adivinar el porvenir. Emulará á *Don Tancredo*.

El *tancredismo* está llamado á ser el arte nacional de mañana y es lógico que algun Maura se abraza á tan lucrativa y noble profesion. Si no hay un hermanito suyo que se preste á servirle de cabalgadura, no han de faltarle al padre riñones y arranque para obligar á cualquier ciudadano á que salga por los redondeles llevando al niño sobre las espaldas mientras éste consuma la suerte del rejon. ¡Por algo es quien es!

Una duda se me ocurre tambien. Maura tendrá sus debilidades, como todo padre y su tenaz propósito de no usar más órgano que la *Gaceta* no le ha de privar del placer de la lectura de revistas en prosa y en verso que refieran las hazañas taurinas de sus hijos; pero ¡valiente bagatela!

De la *Gaceta* dispone como se le antoja y para hacer las revistas de algo han de servirle á don Antonio, Azorin y Salvador Canals.

* *

Escritas las anteriores líneas entérome de que el *Maurita chico* no debuta por ahora.

El cambio de Melquíades



—¡Ea! Ya estoy decidido á hacer la transformacion; tiro el gorro maldecido á cuyo amparo he crecido, y me pongo el morrion.

El contento de Lacierva



—¡Al fin te tengo!

Razones de Estado, los consejos cariñosos de Allendesalazar, la oposicion de don Antonio, van ustedes á saber las causas que impiden al decidido muchacho por ahora lanzarse de lleno á la honrada profesion hacia la que se siente empujado por sus inclinaciones y temperamento.

Pero de buena tinta puedo asegurar que esto no pasará de ser un ligero aplazamiento. *Maurita chico*, si no se malogra figurará en los carteles.

Su padre es hombre que sabe dónde tiene la mano derecha y no contrariará la vocacion del muchacho. Hoy por hoy no lo necesita y además tiene Maura la prudente norma de que antes de seguir más altos derroteros sus hijos sean diputados por lo menos un par de legislaturas. Así se foguean y adquieren más desparpajo.

Después cada cual á donde le llamen sus aficiones y su destino, que no es mal sistema el de que todo hijo tenga sus medios personales para en caso preciso hacer frente á las eventualidades de la vida.

Porque, vamos á ver, mañana puede dejar de producir ni tan siquiera garbanzos este mísero suelo español y venir la de apaga y vámonos, y una familia tan aprovechada como la de Maura, en la que unos graban, otros pintan, otros son abogados, bailarines, políglotas ó toreros, tiene el sustento asegurado en cualquier parte del mundo donde caiga.

TRIBOULET.

LA DINASTIA DE LOS AMATI

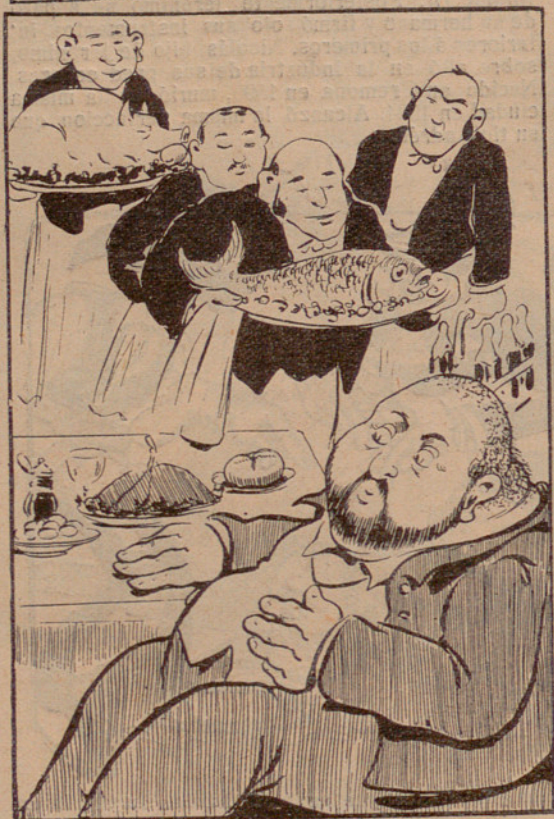
No vamos á escribir la historia de uno de esos linajes tristemente famosos que han ensangrentado un país ó deshonrado una raza y que todavía andan en lenguas como modelos dignos de imitacion ó de eterna alabanza. A la punta de nuestra pluma no acuden los Romanof ni los Hohenzollern, sino más bien los humildes artífices que han deleitado al mundo con los prodigios de armonía arrancados á un inerte trozo de madera.

Andrés Amati era un excelente violero que nació en Cremona á principios del siglo XVI y murió en la misma ciudad en 1577. Pertenecía á una familia de esclarecido linaje y adquirió gran preñez en el arte de construir violines. Su hermano Nicolás es conocido singularmente por sus bajos de viola. Todos los que llevan su nombre están fechados desde 1563 á 1586. Antonio, renombrado maestro violero, era hijo de Andrés (1550-1640). Fabricó especialmente pequeños violines y ofreció á Enrique IV uno de grandes dimensiones, con ricos adornos, y que es una curiosidad histórica de gran precio. Los pequeños violines de Antonio Amati producen un sonido melífluo y suave que ningún instrumento ha podido igualar; pero este sonido tenía poca intensidad. Jerónimo, hermano del anterior, vivió asociado con éste hasta 1624 y los violines que fabricaron juntos llevan esta inscripcion: *Antonius et Hieronymus Amati Cremonae Andrae fil.* Posteriormente Jerónimo se separó de su hermano y firmó solo sus instrumentos, inferiores á los primeros. Nicolás, hijo de Jerónimo, sobre alió en la industria de sus predecesores. Nació en Cremona en 1596, murió en la misma ciudad en 1684. Alcanzó la misma perfeccion que su tío Andrés.



—Oiga usted, guardia ¿no dicen que está prohibida la venta en el casco?

—¡Oh! Estos son excepcionales.



El dulce y sustancioso veraneo de Su Excelencia

Tuvo dos hijos, uno de los cuales, llamado Jerónimo, fué el último de los célebres violeros. Aquél dejó muchos discípulos, entre ellos Stradivarius y Guarnerius. Otros Amati, que pertenecían á la misma familia, aunque á distinta rama, Angel y Antonio, fueron fabricantes de órganos, establecidos en Lombardia en 1850; José Amati se distinguió como violero en Bolonia á principios del siglo XVII.

Los mejores violines Amati han sido muy estimados, llegando á ofrecer por uno de ellos de 7,500 á 12,500 pesetas. Desgraciadamente, el secreto de su fabricación se perdió al extinguirse los maestros constructores de Verona.

Hoy, que sustituye al violin perfecto, casi dotado de alma inmaterial, un *simplex*, una piano ó sencillamente un gramófono, conviene recordar la magnífica poesía de los antiguos instrumentos, ya olvidados ó conservados en un Museo, como el Paganini de Génova, el cual únicamente se toca en las grandes solemnidades... políticas.

Decididamente el cañon de tiro rápido será en lo sucesivo la sola música salvaje y resonante; pero también dominadora y profunda de nuestro tiempo civilizado.

R. S

LAS PRÓXIMAS FIESTAS

Ya están los preparativos á punto de caramelo; ya se forman Comisiones, ya se recauda dinero (que organizar y pedir se hace siempre al mismo tiempo); ya bullen los fantasmones que hallan en todo pretexto para que suenen sus nombres y para que se hable de ellos; ya están bien apercibidos á hacer de las fiestas cebos los pescadores que saben hacer *pescá* sin anzuelo; y, por fin, y es lo que importa, ya estamos todos dispuestos á disfrutar como chicos con los próximos festejos que la Comision prepara y nosotros pagaremos.

Los periódicos anuncian que van á ser estupendos los números del programa que se hará, si queda tiempo. Y aunque es tan grata noticia prematura, cuando menos, como nos la dan de balde la tragamos sin esfuerzo.

La Comision mal llamada de atraccion de forasteros —que es una de las mil cosas inútiles que tenemos— desde hace días estudia interesantes proyectos que nos darán como propios si pagan bolsos ajenos.

Los concejales se planchan los *fraques* y los sombreros para asistir á las juergas elegantes y correctos. Concejal hay que ha pensado no encender en casa fuego si, como siempre, las fiestas traen los banquetes arreo.

Las dos ó tres Sociedades deportivas que tenemos, listas y madrugadoras, se han puesto ya en movimiento á ver si, como otras veces, les damos todo el dinero para que se lo repartan unos cuantos caballeros.

En fin, que todo está ya á punto de caramelo; sólo falta: las pesetas, que vengan los forasteros, que se redacte el programa y que se divierta el pueblo.

Pues el pueblo ya es costumbre que en estos divertimientos sea el primero en pagar y en divertirse el postrero.

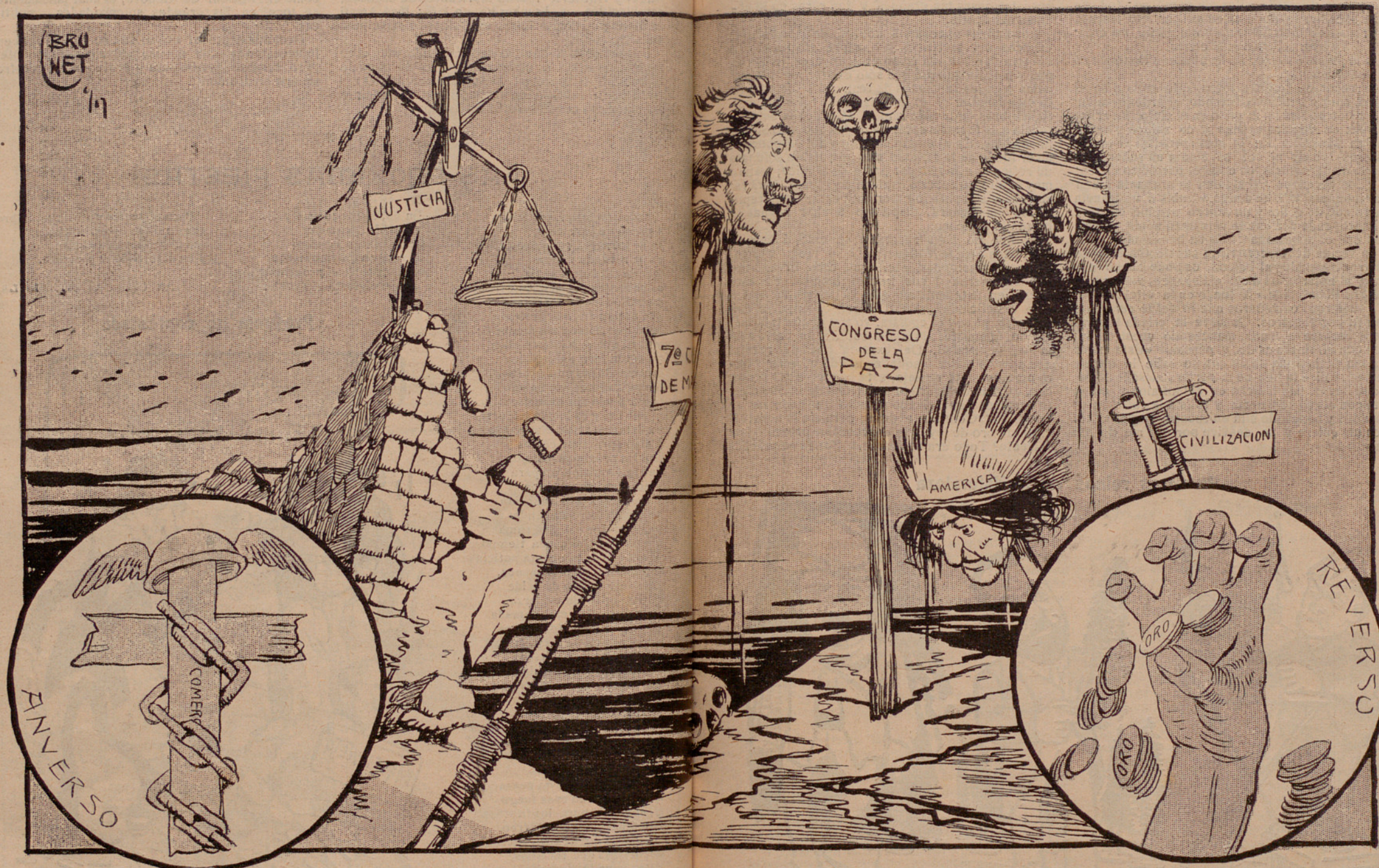
ANTONIO SAN DE VELILLA.

Pregunta no contestada



—¿No sería mejor, señor Magriñá, que en vez de ocuparse tanto de lo que no entiende se cuidara de arreglar un poco su distrito?

SIGLO XX



PRIMEROS EFECTOS DE LA CONFERENCIA DE LA PAZ

LOS AMIGOS Y LOS REGALOS

Si yo te dijera, lector, que estando ya muy cerca de los cuarenta, y habiendo recorrido muchos países y tratado miles de personas, todavía no he encontrado una á quien aplicar con justicia el hermoso dictado de *amigo*, quizás no me creerías. Sin embargo, nada más cierto.

De la palabra *amigo* se ha abusado tanto como del vocablo *amor*.

Un señor os da un pisoton en la calle ó en el teatro, sonríe benévolo diciendo: «Perdone» mientras vosotros poneis el grito en el cielo; se cruza otra vez en vuestro camino y os saluda y decís: «Es un amigo...» En la mesa próxima á la que vosotros tomáis el café se sienta un señor que, apenas os descuidáis, os coge el periódico diciéndolo: «Con permiso» y si alguien os pregunta quién es respondeis: «Es un amigo.» Subís á un tranvía abarrotado de gente y un viajero amable os hace un hueco; cada vez que le veis le saludáis y decís á los que os acompañan: «Es un buen amigo.»

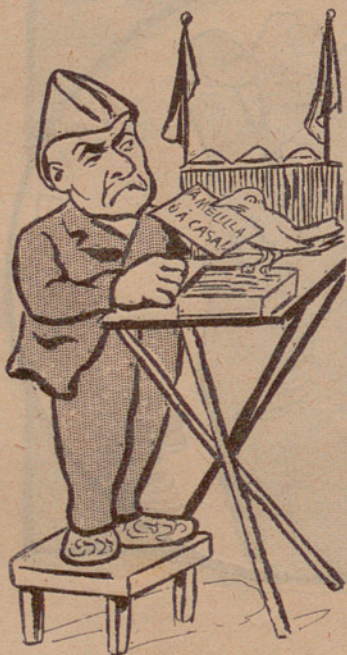
La vecina del tercero riega sus tiestos estando vosotros asomados al balcón, os pone hecho una sopa y al notarlo os dice: «Dispense, vecino, ha sido una distracción.» Y luego en la oficina referís á vuestros compañeros que *la del tercero* está chalada por vosotros. Os sirve la criada la sopa y se le escurre la mano, manchando vuestro pantalón con hirviendo caldo, y pensáis: «Esta mujer está tan enamorada de mí que no sabe lo que se hace.» Os dice la hija de la portera al salir de casa que lleváis una hilacha en el pantalón y os la quita con servil zalamería, y salís á la calle pavoneándoos y pensando allá en vuestro magín: «Esta chica me quiere y se desvive por que me fije en ella.»

En bases tan deleznales como estas fundan la mayoría de los mortales la *amistad* y el *amor*, esas dos cosas tan grandes y tan raras en la humana existencia.

Los amigos abnegados, nobles, desinteresados, capaces del sacrificio y siempre dispuestos á vuestra defensa son como esos hogares llenos de paz y plácida quietud que sólo existen en las novelas y en las funciones de teatro. Las delicias de la vida familiar y el altruismo de los amigos no tienen base en la vida real y sólo deben su existencia á la fantasía enferma de los que sueñan con imposibles. En el afecto más puro del parentesco, en el fondo de la amistad más envidiable sólo late un refinado egoísmo por parte de alguien; estará muy oculto, lo cubrirá espléndido ropaje, hará raras veces su aparición; pero allí está, como reptil en su madriguera, dispuesto á salir apenas se brinde la ocasión.

El que no haya reparado en esto, ó dude de ello, haga esta investigación: «Yo tengo cuatro, cinco, dos personas, etc., que creo firmemente que me quieren ó son buenos amigos. En este amor, en esta amistad que yo sostengo, ¿quién sale beneficiado? ¿Yo ó ellos? Si salgo yo con ventajas, yo soy el egoísta, yo soy el que falseo el cariño, la amistad; si son ellos, de su parte está la fingida amistad. Del examen que hago resulta que aquella mujer ó aquel amigo de mi amor y trato perciben esta ventaja, este honor, este provecho. ¿Cómo obtendré la seguridad de que su afecto es puro? Suprimiendo aquello que cede en su provecho. ¿Continúa el amor, persiste la amistad? Eran de oro de ley ¿Se desvanecen pronta ó lentamente? Todo era una farsa.» Ponga en práctica

Los fres reinos de la Naturaleza



Animal



Vegetal



Mineral

el lector este sencillo método, esta piedra de toque, y yo le aseguro, con mi cabeza si es preciso, que antes de cuatro días se queda sin amigos y sin amores.

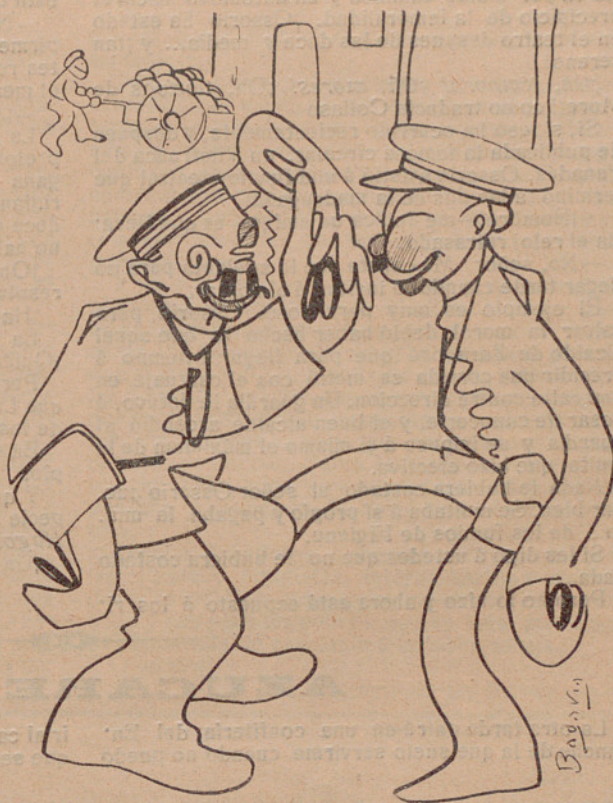
Alguien dirá: «Se dan muchas amistades ó amores en que ninguno busca ventajas, ni provechos.» Esto no es cierto; es más, es imposible. Y si este caso se diera sería una prueba de un doble egoísmo, buscando cada uno lo que le talta, lo que le complementa, lo que él juzga su dicha y bienestar. En todo amor, aun en el más sublime y poético, hay una parte que quiere más que la otra, mejor dicho, una que quiere y otra que se deja querer. La primera será siempre la víctima, la explotada; la segunda el logrero, el egoísta. Y lo mismo puede asegurarse de la amistad; ya puede presentarse el ejemplo más elevado de la amistad más abnegada. Siempre habrá uno que cargará con toda la parte agria y dura de la amistad y otro que sólo estará á las ventajas.

Claro está que tanto al amigo como al enamorado de verdad todo lo que hace y realiza le parece poco, fácil, ligero y hasta grato: la ilusión le tapa los ojos y por eso no descubre el regodeo del que es objeto de su cariño. Pero el egoísmo allí está, hipócritamente ataviado con el manto del amor ó de la amistad. Y de estos egoístas salió aquel adagio: «Obras son amores.» Porque de esas obras ellos gozan y medran.

Y dejemos los regalos para otro día.

FRAY GRRUNDIO.

Modernitis aguda



—Oye, ¡mira que mano tan hinchada me ha puesto el dibujante!

—¡Que atrocidad! Cúidate bien porque eso debe de ser muy grave.

LAS DOCE Y MEDIA... Y SERENO

A veces, donde menos se piensa... salta La Cierva. ¡Quién nos había de decir que el amigo nos había de resultar un ministro de los que dan la hora...! Sólo á Maura le era dable adivinarlo.

Y que da la hora no es posible dudarlo des' pues de su circular sobre espectáculos. Ya lo habrán ustedes oído: ¡Las doce y media... y sereno!

Claro que la obra no es nueva ni original, sino una molesta *reprise* de lo hecho por el conde de San Luis en colaboración con Maura y con el *cangrejo*; pero

Siempre p'atrás, siempre p'atrás; tal es la enseña de los conservadores y á ella se atienen.

Señor—dicen las Empresas teatrales, no podemos acabar tan temprano.

—Empiecen antes—contesta el ministro.

—Es que si las funciones son por secciones y empezamos antes no viene nadie á la primera.

—Comiencen por la segunda.

Ante esta hábil respuesta de La Cierva no queda otro recurso que bajar la cabeza.

Y como aquí bajamos siempre la cabeza y como al hacerlo ponemos en evidencia otro punto saliente de nuestra personalidad, nos dan cada azo taina que Dios tira esos *desaborios* gobiernan' tes conservadores... de la moral en lata.

Creo que fué San Pedro—no el Rodríguez—quien dijo que el acostarse temprano para madru-

gar era sólo propio de soldados y campesinos; pero La Cierva, que oye misa todos los domingos y fiestas de guardar, sin duda la oye como si oyera llover y no se entera de los textos sagrados que en pro del traspasar y en contra del gobernan' te trasnochado pudieran alegarse, que son muchos y respetables.

Pero, nada. Los mauristas tienen empeño en que se ponga en vigor una moral por horas, como los coches de punto, y á las doce y treinticinco los *couplets* adquieren mala intención, la *matchicha* se hace más lasciva y ¡se apagó el gas!

Eso va á traer graves perturbaciones á las familias. Antes, si echaba uno alguna cana al aire y llegaba á casa á punto de salir el sol, tenía el recurso de echar la culpa á lo tarde que acababan en los teatros; ahora, ¡magras!

En siendo la una menos cuarto ya no puede uno ir á su casa de ningún sitio honesto.

Es una contrariedad, una gran contrariedad; pero, con todo... quien manda manda y cartuchera en el cañon. La disposición ministerial debe cumplirse en todo y por todos.

Ustedes se sorprenderán de estos pujos legalistas y no deben sorprenderse. La resolución de La Cierva me da ocasión de coger en renuncio á nuestro robustísimo gobernador Ossorio y perdonar el bollo por el coscorrón.

Sí, señores, sí, Ossorio ha infringido la circular

de teatros, Ossorio es un joven descarriado, Ossorio va por malos caminos y en automóvil hacia el precipicio de la inmoralidad. ¡Ossorio ha estado en el teatro despues de las doce y media... y ¡tan sereno!

¡Oh, tempora! ¡Oh, mores! ¡Oh, tiempos de Moret! como traducía Collaso

Sí, sí, eso ha ocurrido recientemente, y despues de publicada la famosa circular, en Vilafranca del Panadés, Ossorio asistió á una funcion teatral que terminó ¡á las dos de la madrugada!

—¡Hombre!—me indica un amigo—es que llevaría el reloj retrasado.

—No, señor Me consta que lo adelanta para no llegar tarde cuando le invitan á almorzar.

El ejemplo es muy pernicioso. Ossorio, para salvar la moral, debió haber hecho lo que aquel alcalde de Zaragoza que para llegar á tiempo á presidir una corrida se metió con el carruaje en una calle contra direccion. Un guardia le detuvo, á pesar de conocerle, y el buen alcalde ascendió al guardia y se impuso á sí mismo el máximo de la multa, que hizo efectiva.

Nada le hubiera costado al señor Ossorio que, dar bien. Se multaba á sí propio y pagaba la multa... de los fondos de Higiene.

Si les digo á ustedes que no le hubiera costado nada...

Pero no lo hizo y ahora está expuesto á los ri-

gores de su jefe el ministro, que ha dicho que no está dispuesto á transigir en lo de la hora.

—No está usted en lo firme—vuelve á interrumpirme el amigo—; Ossorio estuvo tan tarde en el teatro porque los relojes marchaban acordes con el meridiano del Panadés.

—¡Acabáramos!

La moral se ha salvado. Las Empresas pueden prolongar los espectáculos cuanto les venga en gana. Todo es cuestion de las diferencias de meridiano, y si con el de Greenwich pueden ser las doce y tres cuartos, con el de la Habana puede no haber comenzado la funcion.

¡Oh, la ciencia! La ciencia tiene recursos para resolverlo todo.

¡Hasta las tonterías gubernamentales!

La moralidad pública cuestion de meridiano. ¡Quién había de suponerlo! ..

Pero ¡ay! que ahora puede que resulte tambien que Lacierva, el gran Lacierva, sea un ministro de los que *darian la hora*... en otro meridiano.

En el del gran ducado de Gerolstein, por ejemplo.

Y que en el de Madrid no sea más que una especie de Tanci cantando el *cuprifonco* de *Los Hugonotes*...

¡Un comprimario!...

JERÓNIMO PATUROT,
Empresario con el reloj parado

AZUCARERÍAS

La otra tarde entré en una confitería del Ensanche de la que suelo servirme cuando no puedo

ir al casco antiguo—en razon de que los artículos que se expenden en el aludido establecimiento dejan bastante que desear en cuanto á frescura y elaboracion—y pedí una libra de dulces.

Entregué en pago una moneda de dos pesetas, y el mancebo que me había servido devolvióme una de dos reales, cogiéndola con sumo cuidado con las yemas del pulgar y mayor, diciéndome con voz meliflua, que yo agradecí mucho, como es de su poner:

—Si es servil.

Como en la confitería de marras, que es de segundo orden, siempre había pagado á cinco reales la libra de dulces, al ver por el cambio, que ahora me los cobraban á seis, pedí explicaciones respecto al particular.

—Hemos tenido que aumentar el precio de los dulces en un real la libra—me dijo el mancebo con la más humilde de las sonrisas por la subida de los azúcares.

Hice ver que me daba por satisfecho; salí, y en la calle eché cuentas.

Los dulces que he comprado, me dije, no serán mejores ni peores que antes; cuando menos no serán mejores, pues el muchacho me lo hubiera dicho. Sin embargo, el confitero me ha hecho pagar por ellos un real más que de costumbre. Dice que es porque ha aumentado el precio de los azúcares.



La diversion de Guillermo

Veamos:

El aumento de precio de los azúcares ha sido, gracias á la ley Osma, de 0'20 pesetas el kilo.

Viniendo á tener el kilo dos libras y media aproximadamente, cada libra de azúcar ha sufrido un aumento de ocho céntimos de peseta.

En una libra de dulces entrará, cuanto más, media de azúcar, y, siendo así, ó yo no sé pizca de matemáticas ó mi confitero, á proceder con probidad, tenía que haber aumentado el precio de los dulces en cuatro céntimos la libra, ó, si se quiere, en cinco. Cedámosle un céntimo por el trabajo de echar cuentas.

Pero el hombre se dejó de probidades comerciales y, echando el muerto á la ley Osma, subió el precio de sus dulces en proporciones usurarias, ganando en los pocos que le compré una perra chica por cada céntimo que han aumentado los azúcares.

Lo chocante del caso es que el aludido industrial fué uno de los que más alborotaron cuando la ley Osma se discutía en las Cámaras. Su ilogismo me desconcierta; porque si antes decía que el aumento de los azúcares mataría la industria confitera, no se comprende que haya aumentado el precio de los dulces en un veinte por ciento más de lo que en justicia tenía que haberlos encarecido. O entonces no se percató de las facilidades que el proyecto Osma, al ser ley, había de darle para au-

mentar sus ingresos, ó ahora se ha empeñado en arruinarse.

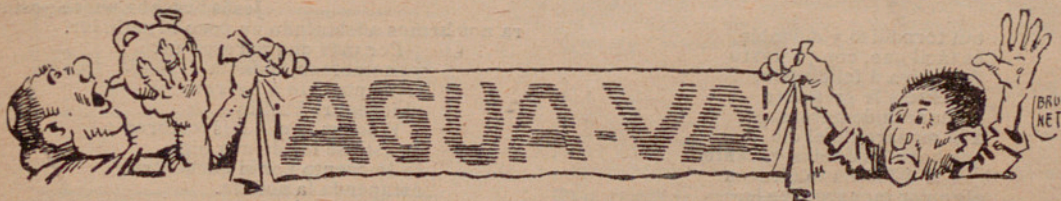
Yo creo lo primero, y aunque es muy cómodo echárselas de adivino *a posteriori*, he de manifestar que tan pronto como Osma sometió á discusión su maldito engendro advertí lo que no mi confitero, pues pensé que lo peor no iba á ser el aumento que el *trust* azucarero impondría á los azúcares, sino el que á éste, á su vez, le aplicarían las industrias que tienen el azúcar por elemento principal.

Y no me equivoqué. La verdad, y sin ánimo de ofender al repetidas veces aludido confitero, que no se necesita ser muy lince para acertar en estas cosas. Es el cuento de siempre: por cada peseta que el Estado ó los agiotistas hacen subir el valor de las mercancías, los intermediarios y los pequeños industriales le aumentan en tres ó en cuatro. Recordemos si no lo que continuamente está pasando con el pan. Suben las harinas una peseta por cada cien kilos y el consumidor adquiere el pan con un aumento de dos ó tres céntimos por kilo.

Resulta, caballeros, que entre unos y otros, entre el Estado, agiotistas, intermediarios y vendedores al detall, la vida es punto menos que imposible y que para los pobres no hay más porvenir que la anemia, la escrófula ó la tuberculosis.

O un tiro.

EL TUERTO DE LA RATERA.



Los pesimistas que repiten á todas horas que en Marruecos no haremos nada porque estamos allí completamente desorientados y solos pueden y deben cambiar de opinion.

En Marruecos tenemos, cuando menos, un amigo. ¿Qué digo? Tenemos algo que vale más: un hermano que, lejos de negar el parentesco, lo pregonaba con orgullo para que sirva de fundamento y garantía á la proteccion que nos ofrece.

Este moro es nada menos que el propio Mohamed Torres, quien brinda á España su amistad y proteccion porque para él nuestro pueblo y el suyo vienen á ser una misma cosa.

El fundamento de la amistad de Mohamed no es muy halagüeño que digamos; pero ¿qué va á hacer el hombre si no ha encontrado otro de más fuerza que alegar?

Pero la proteccion con que nos favorece Mohamed Torres es condicional.

Como el amor y la fraternidad han de ser recíprocos, el moro nos tratará como queridos hermanos si nosotros nos volvemos á nuestra casa y dejamos en paz á nuestros parientes.

Si no tomamos en cuenta este amistoso consejo y sin perder un segundo nos marchamos de Marruecos, nuestros queridos hermanos buscarán todos los medios para rompernos la crisma, á pesar del parentesco, que en Africa también rige nuestro archisabio proverbio que dice al pie de la letra:

Parientes, pocos y lejos...
Mohamed, que este refran respeta, da este consejo:
Que nos enlace la sangre y nos separe el Estrecho.

Por fin Melquíades Alvarez se resuelve á dar el paso hacia la monarquía, donde su amigo y compinche Moret le está aguardando hace tiempo impaciente y con los brazos abiertos.

La traicion de don Melquíades se explica. El pobre tiene ganas de ser ministro, y como los republicanos no le pueden dar una cartera con la prisa que él la necesita, don Melquíades se va á buscarla á donde se tiene señalado un premio para cada traicion y un cargo para el traidor.

A algunos periódicos republicanos les ha sorprendido la última *evolucion* de don Melquíades Alvarez, y, dando á la cosa una importancia que no tiene, le han llamado tráfuga, veleta y otros mote mal sonantes.

Nosotros, por el contrario, nos felicitamos de que el meliflúo orador se haya determinado á dar el salto que hace tiempo venía preparando.

De este modo la monarquía tiene en su campo un traidor más y la República un traidor menos.

Restas así favorecen.

Una pregunta curiosa que se me ocurre: ¿Quién sabe lo que opinará Pinilla del cambio de Melquíades? Creo que siendo este joven



Si queremos llevar á los moros lo bueno que tenemos, tendremos que llevar esto.

tan tornadizo y mudable, es fácil que, con pretexto de que va á felicitarle, le visite y le pregunte la manera de pasarse á la monarquía el día que haya una plaza vacante.

Y si á Pinilla le ofrecen algo por monarquizarle, se marcha á la monarquía sin dudar. ¡No ha de marcharse!

No hay en la Historia de España un hecho más importante ni una empresa más heroica que la muerte de *Pernales*.

Por lo menos no recuerdo aventura ni combate que Mariana ni Lafuente nos den como más notable.

Yo celebro que en mis días sucesos heroicos pasen, y, ya que no los poetas, los periódicos nos canten en prosa hueca é hinchada el hecho despampanante con que Lacierva se ha puesto á la altura de un gigante.

Hace cuatro días que lo leí y no me resuelvo á dar crédito á la noticia.

En Fez—dice el telegrama—han sido asesinados tres ministros del sultan á quienes el pueblo odiaba porque se habían enriquecido, apoderándose con malas artes de los bienes del Imperio que debían administrar.

Pero, ¿eso es cierto? Más aún: ¿es siquiera posible que haya un país en el mundo donde se castigue á los ministros que se enriquecen con malas artes? ¿Y á un país donde suceden esas cosas se le llama inculto é incivilizado?

¡Quién nos trajera aquí, creyendo hacernos mal, una barbarie igual y una incultura así!

Añadan ustedes á lo que de Marruecos hemos dicho que se han confirmado las noticias del destronamiento del sultan, piensen luego que este hecho, que los cándidos tenían por difícil y trascendental, se ha llevado á cabo con la mayor sencillez del mundo, y digan luego con toda franqueza y despojándose de infundado orgullo si no es cosa de llorar de rabia por no haber nacido en un país donde se castiga á los ministros ladrones y donde el pueblo se basta y sobra para elegir su jefe, reservándose el derecho de retirarle los poderes y negarle la obediencia cuando cree que el que manda se equivoca.

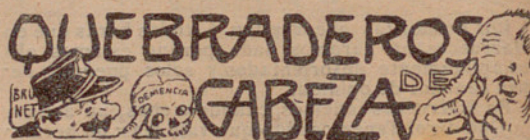
Esa civilización, natural y verdadera y sin trampa ni cartón, gustosísimo traiera á nuestra pobre nación.

Respiremos. El señor Pinilla antes de salir de Barcelona estuvo á despedirse del señor Lerroux con objeto de reiterarle su adhesión política y personal.

Los que creíamos que don Jesús buscaba nueva postura nos hemos adelantado un poco al maliciar.

Por más que parezca raro y asombroso, todavía tiene por jefe á Lerroux el inseguro Pinilla.

Y por más que mis lectores de esto se les dé una higa, se lo cuento por si encuentran estupenda la noticia.



CHARADAS

(De J. Prats Serra)

Prima segunda mi can al soltarse de la *todo* y en una *tercia dos tres* grande, salta como un loco.

El seis del próximo Enero tendrá el *segunda segunda* de mi amigo Gil Leal un pequeño *prima terciá* tirado por un *total*.

INTRÍNGULIS

(De E. Perbellini)

T. Ramon Cles

2 2 2 1 3 1 1 1 2 4

Repítase cada letra las veces que indican los números y distribúyase de manera que formen el título de una ópera.



MULEY-HAFID: — Ahora te toca á ti marchar un ratito á'ple